

“AY DE NOSOTROS, SI TÚ LO FUERAS TODO,  
Y NO HUBIERA NADA MÁS ALLÁ, OH TIERRA”.

---

UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 27 DE MARZO, 1864  
POR CHARLES HADDON SPURGEON  
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.

“Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres”. 1 Corintios 15: 19.

Ustedes comprenderán que el apóstol argumenta con personas que profesaban ser cristianas pero que dudaban de la resurrección de los muertos. Él no afirma que todos los hombres son dignos de conmiseración ahora si no hubiera ninguna esperanza del mundo venidero, pues tal aseveración sería falsa. Hay muchísimas personas que nunca piensan en la otra vida, y que están sumamente contentas a su manera, se la pasan bien y están en cierto modo muy cómodas.

Pero el apóstol habla de personas cristianas: “Si *nosotros*, quienes esperamos en Cristo, somos conducidos a dudar de la doctrina de un estado futuro y de una resurrección, entonces *somos* los más dignos de conmiseración de todos los hombres”. El argumento no tiene nada que ver con algunos de ustedes que no son cristianos; no tiene nada que ver con los que nunca han sido sacados de un estado natural y llevados a un estado de gracia; sólo tiene que ver con aquellos que son reales seguidores vivificados del Salvador y que son conocidos por ésto: *esperan en Cristo*, esperan el perdón por Su sangre, la justificación por Su justicia, el sostén de Su poder y la gloria eterna por Su resurrección. “Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres”.

Ustedes entienden el argumento; Pablo apela a sus conciencias; ellos, como cristianos, habían experimentado gozos reales, “pero” – dice- “no podrían tener esos gozos si no fuera por la esperanza de otra vida; si por una sola vez quitaran esa esperanza, -si es que pudieran permanecer siendo cristianos y seguir teniendo los mismos sentimientos que tienen ahora, y actuar como lo hacen ahora- se tornarían los más dignos de conmiseración de todos los hombres”; por tanto, para justificar su propia felicidad y hacerla completamente razonable, tienen que admitir una resurrección. No hay otro método para explicar la gozosa paz que el cristiano posee. Nuestras riquezas están allende el mar; nuestra ciudad con sólidos

cimientos está al otro lado del río: los destellos de la gloria provenientes del mundo espiritual reaniman nuestros corazones y nos exhortan a seguir adelante; pero si no fuese por estas cosas, nuestros gozos presentes languidecerían y morirían.

Esta mañana procuraremos considerar nuestro texto de esta manera: primero, *no somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres*; pero, en segundo lugar, *sin la esperanza de otra vida lo seríamos* (estamos preparados a confesar eso) ya que, en tercer lugar, *nuestro principal gozo radica en la esperanza de una vida venidera*; y así, en cuarto lugar, *el futuro influye en el presente*; y, en último lugar, *podemos juzgar hoy lo que habrá de ser nuestro futuro*.

**I.** Primero, entonces, **NO SOMOS LOS MÁS DIGNOS DE CONMISERACIÓN DE TODOS LOS HOMBRES.** ¿Quién se aventuraría a decir eso? Quien tenga la osadía de decir eso, no sabe nada de nosotros. Quien afirme que el cristianismo hace miserables a los hombres, es, él mismo, un completo extraño al cristianismo y no ha recibido nunca sus dichosas influencias. Sería algo muy extraño, en verdad, que nos hiciera sentir desventurados, pues ¡miren a qué posición nos exalta! Nos hace hijos de Dios. Supongan que Dios diera toda la felicidad a Sus enemigos, y reservara toda la lamentación para Sus hijos. ¿Habrían de tener Sus enemigos júbilo y gozo, y Sus propios hijos nacidos en casa habrían de heredar la aflicción y la desdicha? ¿Son acaso los besos para los impíos y el ceño fruncido para nosotros? ¿Estamos condenados a colgar nuestras arpas de los sauces, y a cantar únicamente dolientes elegías, mientras los hijos de Satanás ríen debido al gozo de su corazón? Nosotros somos herederos de Dios y coherederos con Cristo. ¿Acaso el pecador, que no tiene ni parte ni porción en Cristo, habría de decirse feliz, y nosotros habríamos de ir lamentándonos como si fuésemos mendigos indigentes? No, nosotros nos regocijaremos en el Señor siempre, y nos gloriaremos en nuestra herencia, pues no “habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” La vara del castigo debe golpear nos en nuestra medida, pero para nosotros obra consoladores frutos de justicia y, por tanto, por la ayuda del Consolador divino, nos regocijaremos en el Señor siempre.

Hermanos míos, nosotros estamos casados con Cristo; y, ¿acaso nuestro grandioso Esposo habría de permitir que Su esposa viva en constante aflicción? Nuestros corazones están unidos al Suyo: somos

miembros de Su cuerpo, de Su carne y de Sus huesos, y aunque por un tiempo suframos al igual que nuestra Cabeza sufrió una vez, somos bendecidos incluso ahora con bendiciones celestiales en Él. ¿Reinará nuestra Cabeza en el cielo, y sufriremos nosotros un infierno en la tierra? Dios no lo quiera: el triunfo gozoso de nuestra Cabeza exaltada es, en cierta medida, compartido por nosotros, incluso en este valle de lágrimas. Tenemos la garantía de nuestra herencia en los consuelos del Espíritu, que no son ni escasos ni pequeños.

¡Piensen en un cristiano! Es un rey y, ¿acaso el rey ha de ser el más taciturno de los hombres? Es un sacerdote para Dios, y ¿no ha de ofrecer ningún dulce incienso de santo gozo y de gratitud? Somos idóneos compañeros de los ángeles: nos ha hecho aptos para ser partícipes de la herencia de los santos en luz; y, ¿no habríamos de tener nunca días de cielo en la tierra? ¿Acaso Canaán es nuestra posesión desde Dan hasta Beerseba, pero no hemos de comer ningún fruto de la viña de Escol de este lado del Jordán? ¿No habríamos de probar ninguno de los higos, ni de las manzanas, ni nada de la leche y de la miel que fluyen? ¿No hay arroyos en el desierto? ¿Acaso no hay rayos de luz que anuncien nuestro eterno amanecer? ¿Siendo herederos del gozo para siempre, no habríamos de gozar de ningún anticipo de nuestra porción? Digo, nuevamente, que sería lo más extraño del mundo que los cristianos fueran más dignos de conmiseración que los demás, y no más felices.

¡Además, piensen en *lo que Dios ha hecho por ellos!* El cristiano sabe que sus pecados han sido perdonados; en el libro de Dios no hay un solo pecado registrado contra el creyente. “Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados”. En adición a eso, el creyente es considerado por Dios como si hubiera guardado perfectamente la ley, pues le es imputada la justicia de Cristo, y está vestido con ese hermoso manto de blanco lino fino que es la justicia de los santos. ¿Y acaso el hombre aceptado por Dios ha de ser desdichado? ¿Ha de ser menos feliz el ofensor perdonado que el hombre sobre el cual permanece la ira de Dios? ¿Podrían concebir algo así? Además, hermanos míos, hemos sido convertidos en templos del Espíritu Santo y, ¿acaso el templo del Espíritu Santo ha de ser un lugar lóbrego y lleno de dolor, un lugar de alaridos y gemidos, y de gritos, como la grutas de los druidas de los tiempos antiguos?

Nuestro Dios no es así. Nuestro Dios es un Dios de amor, y en Su propia naturaleza está hacer felices a Sus criaturas; y nosotros, que

somos Sus criaturas creadas doblemente, que somos partícipes de la naturaleza divina y hemos escapado de la corrupción que hay en el mundo debido a la concupiscencia, ¿ha de suponerse que por un severo decreto estemos obligados a ir lamentándonos todos nuestros días?

¡Oh!, si conociesen el privilegio del cristiano, si entendieran que el secreto del Señor permanece abierto para él, que la heridas de Cristo son su refugio, que la carne y la sangre de Cristo son su alimento, que Cristo mismo es su dulce compañero y su amigo permanente, ¡oh!, si supiesen eso, nunca soñarían de nuevo, insensatamente, que los cristianos constituyen una raza infeliz. “Bienaventurado tú, oh Israel. ¿Quién como tú, pueblo salvo por Jehová?” ¿Quién podría ser comparado con el hombre que ha sido “saciado de favores, y lleno de la bendición de Jehová”? Bien puede exclamar el malvado profeta de Petor: “Muera yo la muerte de los rectos, y mi postrimería sea como la suya”.

Daremos un paso al frente. No solamente diremos que un cristiano debe ser feliz por la naturaleza de su posición y de sus privilegios, sino declaramos que lo es, y que entre todos los hombres no hay nadie que goce de *una constante paz* mental como la que gozan los creyentes en Cristo. Nuestro gozo no podría ser semejante al del pecador, ruidoso y lleno de algarabía. Ustedes saben lo que dice Salomón: “Porque la risa del necio es como el estrépito de los espinos debajo de la olla”, es decir, muchas llamaradas y mucho ruido pero luego sólo queda un puñado de cenizas y todo acaba. “¿Para quién será el ay? ¿Para quién el dolor? ¿Para quién las rencillas? ¿Para quién las quejas? ¿Para quién las heridas en balde? ¿Para quién lo amaratado de los ojos? Para los que se detienen mucho en el vino, para los que van buscando la mistura”. El cristiano, en verdad, no conoce mucho de la excitación de la copa, de la viola y de la danza y no desea conocerlo; está contento porque posee un apacible reposo profundamente cimentado en el alma. “No tendrá temor de malas noticias; su corazón está firme, confiado en Jehová”. No es turbado por ningún miedo súbito: sabe que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”. En cualquier compañía en que se encuentre tiene el hábito de alzar su corazón a Dios, y por tanto, puede decir con el salmista: “Pronto está mi corazón, oh Dios, mi corazón está dispuesto; cantaré, y trovaré salmos”.

**“Espera en secreto en su Dios;  
Su Dios ve en lo secreto;**

No importa que la tierra se alce en armas,  
Pues él mora en la paz celestial.

Sus placeres provienen de cosas invisibles  
Más allá de este mundo y del tiempo,  
Donde ni ojos ni oídos han estado,  
Ni escalan los pensamientos de los pecadores.

No necesita ni pompa ni trono real  
Para alzar su figura aquí:  
Contento y encantado está de vivir siendo desconocido,  
Hasta que Cristo, su vida, aparezca.

“Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios, el santuario de las moradas del Altísimo”. Los creyentes beben de ese río y no tienen sed de los deleites carnales. Son conducidos a “descansar en lugares de delicados pastos” y son pastoreados “junto a aguas de reposo”. Ahora, este gozo y esta paz, sólidos y duraderos, colocan al cristiano tan por encima de todos los demás mortales, que yo testifico audazmente que no hay gente en el mundo comparable a él en cuanto a felicidad.

Pero no supongan que nuestro gozo no se eleva nunca por encima de esta firme calma, pues déjenme decirles –y hablo por experiencia– que tenemos nuestras épocas de un *extasiado deleite* y de rebosante bienaventuranza. Hay momentos para nosotros en los que ninguna música podría igualar la melodía del dulce himno de gozo de nuestro corazón. Para poder comprar una sola onza de nuestro deleite, se tendrían que vaciar las arcas que contienen cada centavo del gozo de los demás. No se figuren que Pablo fuera el único hombre que pudiera decir: “(Si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe)”, pues esos éxtasis los experimentan usualmente los creyentes, y en sus días de radiante sol, cuando su incredulidad es desechada y su fe es sólida, casi caminan a lo largo de las calles de oro y pueden decir: “Si no hemos atravesado por las puertas de perla, al menos hemos llegado junto a ellas; y si no nos hemos acercado a la asamblea general de los primogénitos que están inscritos en los cielos, si no nos hemos unido a la gran congregación de los perfeccionados en un cuerpo real, con todo:

“Incluso ahora unimos por la fe nuestras manos  
Con aquellos que nos precedieron,  
Y saludamos a los grupos de los rociados con la sangre  
En la playa eterna”.

Yo no cambiaría ni cinco minutos del sumo gozo que mi alma ha experimentado algunas veces, por mil años del más escogido júbilo que los hijos de este mundo pudieran darme.

Oh amigos, hay una felicidad que puede provocar que el ojo resplandezca y que el corazón palpite aceleradamente, y el hombre entero quede rebosante de un impulso vital como los carros de Aminadab. Hay embelesos y elevados éxtasis que les son permitidos gozar a los santos en los días festivos como los que el Señor asigna a Su pueblo. No he de dejar de recordarles que el cristiano es el más feliz de los hombres por esta razón: que *su gozo no depende de las circunstancias*. En medio de las condiciones más aflictivas hemos visto a los seres más felices.

El señor Renwick, el último de los mártires escoceses, dijo poco antes de morir: “Los enemigos se consideran satisfechos porque somos reducidos a vagar por las ciénagas y sobre los montes, pero aun en medio de la tormenta de estas últimas dos noches, no puedo expresar cuán dulces momentos he experimentado a pesar de no haber contado con nada que me cubriera, excepto las oscuras cortinas de la noche: sí, en la silenciosa vigilia, mi mente ha sido invitada a admirar el profundo e inexpresable océano de gozo en el que se sumerge la familia entera del cielo. Cada estrella me lleva a preguntarme cómo será aquel Ser que es la estrella de Jacob, y de quien todas las estrellas toman prestado su brillo”. Aquí tenemos a un mártir echado fuera de casa y de hogar y despojado de todas las comodidades, y que, sin embargo, gozaba de tan dulces momentos bajo las cortinas de la negra noche, que ni los propios reyes los han conocido a pesar de estar debajo de sus cortinas de seda.

Un ministro de Cristo que fue a visitar a un hombre muy, muy pobre, nos da la siguiente descripción. Dice: “Lo encontré solo, pues su esposa había ido a solicitar la ayuda de algún vecino. Me vi sorprendido por el espectáculo de ese hombre pálido y escuálido que era la viva imagen de la muerte, erguido en su silla, atado por medio de un rudo mecanismo de cuerdas y de bandas que colgaban del techo, siendo completamente incapaz de mover una mano o un pie, y que había estado enteramente privado del uso de sus miembros por más de cuatro años, y sufría de un extremo dolor por la inflamación de sus articulaciones. Yo me acerqué a él, lleno de compasión y le pregunté: “¿te dejan solo, amigo mío, en esta deplorable situación?” Parecía que sus labios eran la única parte de su cuerpo que tenían el poder de moverse y de ellos brotó una suave voz: “No, señor, no

estoy solo, porque el Padre está conmigo”. Comencé a hablar con él, y pronto observé cuál era la fuente de su consuelo, pues justo frente a él estaba una Biblia sobre una almohada que su esposa había dejado abierta en algún escogido Salmo de David, para que pudiera leerlo mientras ella se ausentaba puesto que no tenía fuerzas para pasar las páginas. Yo le pregunté de qué vivía, y descubrí que era de una miserable pitanza que escasamente bastaba para mantener unidos al alma y al cuerpo, “pero” –me dijo- “nunca me falta nada pues el Señor ha dicho: ‘Se te dará tu pan, y tus aguas serán seguras’, y yo confío en Él, y no me faltará nada mientras Dios sea fiel a Su promesa”. El ministro nos sigue informando: “Yo le pregunté si no se quejaba a menudo a causa de sufrir tan agudamente durante tantos años”. “Señor” –respondió él- “al principio me quejaba, pero ya no lo he hecho durante los últimos tres años, bendito sea Dios por ello, pues yo sé a quién he creído, y aunque siento cada vez más mi propia debilidad e indignidad, estoy persuadido de que nunca me desampará ni me dejará; y me consuela tan misericordiosamente, que cuando mis labios están cerrados por algún espasmo de los músculos de mis mandíbulas y no puedo decir ni una sola palabra durante largas horas, Él me capacita para cantar Su loas en mi corazón muy dulcemente”. Ahora, allí tenemos a un hombre para quien se había ocultado el sol de todo consuelo terrenal, y sin embargo, el sol del cielo brillaba pleno en su rostro, y estaba más sosegado y feliz en su profunda pobreza y torturante dolor, de lo que todos nosotros hemos estado a pesar de gozar de salud y de la fortaleza de la juventud.

John Howard pasó su vida visitando las cárceles y yendo de una guarida de la fiebre a otra, y cuando le fue preguntado cómo podía encontrar alguna razón para ser feliz mientras vivía en las miserables aldeas rusas, o cuando moraba incómodamente en un hospital o en una cárcel, la respuesta del señor Howard fue muy hermosa: “Yo tengo” –respondió- “una fuente de gozo que no depende del lugar particular en que habito. Una mente correctamente cultivada bajo el poder de la gracia divina y por el ejercicio de una disposición benevolente, proporciona una base de satisfacción que no se ve afectada por los “*aquí*” y los “*allí*”. Cada cristiano te podría dar testimonio de que ha descubierto que sus tiempos de tristeza han sido realmente sus tiempos de alegría, que sus pérdidas han sido sus ganancias y que sus enfermedades han sido los medios de promover la salud de su alma. Nuestro verano no depende del sol, ni nuestra marea creciente depende de la luna. Podemos regocijarnos incluso en la muerte. Vemos con esperanza aquella hora feliz en la que hemos de cerrar nuestros ojos en los

apacibles sueños de la muerte, creyendo que nuestro último día será nuestro mejor día. Incluso atravesar el río Jordán resultará ser una fácil tarea, ya que le oiremos decir: “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios; cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán”. Nos atrevemos a decir, entonces, muy audazmente, que *no* somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres; nos no cambiaríamos con los hombres inconversos aunque pusieran en el platillo de la balanza todas sus riquezas, y su pompa y honor.

“Anda tú, que te jactas de todas tus posesiones,  
Y di cuán refulgentemente brillan;  
Tus montones de polvo reluciente son tuyos,  
Y mi Redentor es mío”.

**II.** Ésto nos conduce al segundo punto: SIN LA ESPERANZA DE OTRA VIDA, LO ADMITIMOS, SERÍAMOS LOS MÁS DIGNOS DE CONMISERACIÓN DE TODOS LOS HOMBRES.

Ésto fue especialmente cierto en relación a los apóstoles. Ellos fueron rechazados por sus paisanos; perdieron todas las comodidades del hogar; pasaron sus vidas involucrados en una dura lucha, y diariamente estaban expuestos a una muerte violenta. Todos ellos sufrieron el martirio, excepto Juan, que pareciera haber sido preservado no *del* martirio, sino *en* el martirio. Ellos serían ciertamente los doce hombres más dignos de conmiseración, si se prescindiera de esa esperanza del mundo venidero que los hizo los hombres más felices de todos.

Pero ésto es válido, queridos amigos, no solamente acerca de los cristianos perseguidos y despreciados y sumidos en la pobreza, sino acerca de todos los creyentes. Estamos dispuestos a conceder que si se nos quitara la esperanza del mundo venidero, seríamos más dignos de conmiseración que los hombres sin religión. La razón es muy clara cuando se piensa que el cristiano ha *renunciado a esas fuentes de gozo comunes y ordinarias de las que beben los hombres*. Debemos tener algún placer: es imposible que los hombres vivan en este mundo sin algún placer, y yo quiero decir de manera sumamente veraz que nunca he exhortado a ninguno de ustedes a hacer algo que los hiciera infelices. Hemos de tener algún placer. Bien, entonces, hay una vasija llena de agua lodosa y muy sucia que las patas de los camellos han agitado: ¿debería beberla? Luego veo por allá una ondeante corriente de agua límpida, pura como el cristal y refrescante como la nieve del Líbano, y me digo: “No, no voy a



beber de ese líquido sucio y lodoso; voy a dejárselo a las bestias; beberé del agua de aquel arroyo”.

Pero si estuviera equivocado, si no hubiera un arroyo por allá, si se tratara sólo de un engañoso *espejismo*, si he sido embaucado, entonces me encontraría en una peor condición que en la que encuentran aquellos que están contentos con el agua lodosa, pues al menos pueden tomar unos tragos refrescantes, pero yo no he dado un solo trago. Este es precisamente el caso del cristiano. Pasa por alto los placeres del pecado y de las diversiones de los hombres carnales porque dice: “No me importan, pues no encuentro placer en ellos; mi felicidad fluye por otro río que brota en el trono de Dios y fluye hacia mí a través de Jesucristo; beberé de allí”, pero si no hubiese un más allá, si se demostrara que eso es un engaño, entonces seríamos más miserables que los libertinos y que los disolutos.

Además, el cristiano *ha aprendido la vanidad de todos los goces terrenales*. Cuando contemplamos la pompa sabemos que es algo vacío. Caminamos a lo largo del mundo, no con el escarnio de Diógenes, el filósofo cínico, pero sí con algo de su sabiduría, y contemplamos las cosas comunes con las que se regocijan los hombres, y decimos con Salomón: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad”. ¿Y por qué decimos esto? Bien, porque hemos elegido las cosas eternas en las que no hay ninguna vanidad, y que satisfacen el alma. Pero, hermanos míos, saber que este mundo es vano y que no hay otro mundo que compense abundantemente todos nuestros males, sería el conocimiento más infeliz que un hombre pudiera adquirir.

Hay un pobre demente en Bedlam, que trenza una corona de paja y se la pone sobre su cabeza, y se inviste como rey, y erige su trono de parodia y piensa que él es un monarca sobre todas las naciones y es perfectamente feliz en su sueño. ¿Piensan que yo lo desengañaría? No, de ninguna manera; y si pudiera, no lo haría. Si el engaño hace feliz al hombre, sin duda hemos de dejarle que se entregue a él; pero, queridos amigos, ustedes y yo *hemos sido* desengañados; nuestro sueño de bienaventuranza perfecta debajo de los cielos se ha esfumado para siempre; ¿qué pasaría entonces si no hubiera un mundo venidero? Entonces sería la cosa más aflictiva para nosotros ser despertados de nuestro sueño, a menos que esta mejor cosa que hemos elegido, esta buena parte que no nos será quitada, demuestre ser real y verdadera, como creemos que lo es.

Además, el cristiano es un hombre que ha tenido *expectativas grandes, nobles y elevadas*, y sería algo muy triste para nosotros que nuestras expectativas no se vieran cumplidas, pues nos convertiría en los más dignos de conmiseración de todos los hombres. He conocido a hombres pobres que esperaban una herencia. Tenían el derecho de esperarla, y esperaron, y esperaron y soportaron la pobreza, y cuando el pariente se ha muerto no les ha dejado nada; su pobreza desde entonces les ha parecido un peso más difícil de arrastrar que antes.

Sería algo desafortunado que un hombre tuviera grandes ideas y grandes deseos, y no pudiera verlos cumplidos. Yo creo que la pobreza es infinitamente mejor soportada por aquellos seres que siempre fueron pobres que por quienes han sido ricos pero han tenido que descender a la penuria, pues echan de menos aquello que los otros nunca tuvieron, y aquello que, los que fueron originalmente pobres considerarían como un lujo, ellos lo consideran como algo necesario para su existencia.

El cristiano ha aprendido a pensar en la eternidad, en Dios, en la comunión con Jesús, y si en verdad todo eso fuera falso, ciertamente habría soñado la más magnificente de todas las visiones mortales. En verdad, si alguien pudiera demostrar que se trata de una visión, lo mejor que podría hacer sería sentarse y llorar para siempre al pensar que no era cierto, pues el sueño es tan espléndido, el cuadro del mundo venidero es tan espléndido que sólo podría decir, si no fuera cierto, que debería serlo; si no fuera cierto, entonces no hay nada aquí por lo que valga la pena vivir, hermanos míos, y seríamos unos seres frustrados y desilusionados y los más dignos de conmiseración de todos los hombres.

También el cristiano *ha aprendido a mirar todo lo de tierra como pasajero*. Debo confesar que este sentimiento crece dentro mí cada día. Difícilmente miro a mis amigos como a seres vivientes. Camino como en tierra de sombras, y no encuentro nada duradero en torno mío. La ancha flecha del gran rey de los esqueletos está, para mi vista, visiblemente clavada por doquier. Yo voy con tanta frecuencia al sepulcro con aquellos que menos esperaba tener que acompañarlos allá, que parecería que se trata más bien de un mundo de muertos que de vivos.

Bien, esto es algo muy desdichado. Encontrarse en ese estado mental sería algo muy desventurado, si no hubiera un mundo venidero. Si no hubiera resurrección de los muertos, entonces el cristiano estaría

entregado a un estado mental de lo más deplorable y lastimoso. Pero, oh hermanos míos, si hay un mundo venidero, como la fe nos asegura que lo hay, ¡cuán gozoso es ser destetado del mundo y estar listo para partir de él! Estar con Cristo es muchísimo mejor que retardarse en este valle de lágrimas.

“Las cuerdas que atan mi corazón a la tierra  
Han sido rotas por Sus manos;  
Delante de la cruz me encuentro,  
Siendo un extranjero en la tierra.

Mi corazón está con Él en Su trono,  
Y difícilmente puede soportar demoras;  
Cada momento espero oír la voz:  
‘Date prisa, y ven’.”

¿No habría yo de estar impaciente por estar en mi propio dulce país, con mi propio hermoso Señor, para verle cara a cara? Sin embargo, si no fuera así, si no hubiese resurrección de los muertos, “somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres”.

**III. NUESTRO PRINCIPAL GOZO ES LA ESPERANZA DEL MUNDO VENIDERO.** Piensen en el mundo venidero, hermanos míos, y dejen que sus gozos comiencen a encenderse y a convertirse en llamas de deleite, pues el cielo les ofrece a ustedes todo lo que pudieran desear. Muchos de ustedes están cansados por los trabajos pesados; tal vez están tan fatigados que difícilmente pueden gozar del servicio matinal por causa de las largas horas que tuvieron trabajar durante la noche anterior.

¡Ah!, hay una tierra de *reposeo*, de perfecto reposo, en la que el sudor de la labor ya no moja más la frente del trabajador, y la fatiga está proscrita para siempre. Para quienes están fatigados y cansados, la palabra “reposeo” está llena de cielo. ¡Oh!, feliz verdad es ésta: que queda un reposo para el pueblo de Dios. “Descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen”. Algunos de ustedes están siempre en el campo de batalla; son tentados en su interior y son tan asediados por los enemigos que los rodean, que tienen muy poca o ninguna paz. Yo sé dónde radica su esperanza. Radica en la *victoria*, cuando el estandarte sea ondeado en alto y la espada sea envainada, y oigan decir a su Capitán: “Bien, buen siervo y fiel; has peleado la buena batalla, has acabado la carrera; recibe la corona incorruptible de gloria”. Algunos de ustedes son sacudidos de un lado a otro por muchas tribulaciones; van de preocupación en

preocupación, de pérdida en pérdida; les da la impresión como si todas las ondas y las olas de Dios estuvieran pasando sobre ustedes; pero pronto arribarán a la tierra de *la felicidad*, donde bañarán sus almas cansadas en mares de reposo celestial. No tendrán ninguna pobreza nunca; no tendrán tugurios hechos de barro, ni andrajos, ni hambre. “En la casa de mi Padre muchas moradas hay”, y allí habitarán, saciados de favores y llenos de toda bendición. Han sufrido luto tras luto; la esposa ha sido depositada en la tumba, los hijos la han seguido allí, el padre y la madre han partido, y les quedan pocos seres queridos aquí; se dirigen a la tierra donde las tumbas son cosas desconocidas, donde nunca se ve un sudario y no se escucha nunca el sonido de la piqueta ni de la espada; van a la casa de su Padre ubicada en la tierra de *los inmortales*, en el país del más allá, al hogar de los bienaventurados en la habitación del Altísimo, en la Jerusalén que está arriba, la madre de todos nosotros.

¿Acaso no este su mejor gozo: que no han de quedarse aquí para siempre, que no han de morar eternamente en este desierto, sino que pronto heredarán Canaán? La peor aflicción del pueblo de Dios es el pecado. A mí no me importaría ninguna aflicción si pudiera vivir sin pecar. ¡Oh!, si me viera librado de los apetitos de la carne y de sus concupiscencias, y de los deseos que continuamente se descarrían, me bastaría con permanecer en un calabozo y pudrirme allí, con tal de ser liberado de la corrupción del pecado.

Bien, pero, hermanos, pronto alcanzaremos *la perfección*. El cuerpo de esta muerte morirá con este cuerpo. No hay ninguna tentación en el cielo, pues el cancerbero del infierno no puede cruzar el río de la muerte; no hay corrupciones allá, pues han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. En aquel reino no entrará de ninguna manera nada que contamine.

Al oír el canto gozoso de los glorificados en esta mañana, al captar el sonido de esa música que desciende del cielo que es como muchas aguas y como un estruendoso trueno, y al escuchar la armonía de esas notas que son dulces como de arpistas tocando sus arpas, me parece que mi alma desea abrir sus alas y volar directamente hacia esos mundos de gozo. Yo sé que a ustedes les sucede lo mismo, mis hermanos en la tribulación de Cristo, al tiempo que se limpian el sudor de su frente, y, ¿acaso no es éste el consuelo: que hay reposo para el pueblo de Dios? Cuando se enfrentan a la tentación y sufren por causa de Cristo, ¿acaso no éste su consuelo?: “Si padecemos juntamente con él, también reinaremos con él”. Cuando son calumniados y despreciados por los hombres, ésta es su esperanza:

“Se acordará de mí cuando venga en Su reino”. Me sentaré sobre Su trono, ya que ha vencido y se sienta en el trono de Su Padre”. ¡Oh, sí!, ésa es la música con la que bailan los cristianos; éste es el vino que alegra sus corazones; este es el banquete con el que festejan. Hay otra tierra mejor, y nosotros, aunque durmamos con terrones del valle, en nuestra carne veremos a Dios, cuando nuestro Redentor esté en la tierra en los días postreros. Pienso que captan mi sentido: *no* somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres; aparte de la esperanza futura lo seríamos, pues nuestra esperanza en Cristo para el futuro es el sostén principal de nuestro gozo.

**IV.** Ahora, queridos amigos, ésto me lleva a una observación práctica en cuarto lugar, la cual es, que **ASÍ EL FUTURO OPERA SOBRE EL PRESENTE.**

Hace algún tiempo tuve una conversación con un hombre muy eminente cuya fama es conocida por todos ustedes, pero cuyo nombre no me siento justificado a mencionar; antes fue un creyente profesante pero ahora está lleno de escepticismo. Él me dijo en el curso de nuestra argumentación: “Vamos, cuán insensatos son ustedes, y toda la compañía de predicadores. ¡Ustedes le dicen a la gente que piense acerca del mundo venidero cuando lo mejor que pudieran hacer sería que se comportaran de la mejor manera posible en este mundo! Acepté la verdad de esa observación. Sería muy insensato hacer que la gente descuidara el presente, pues es de suma importancia, pero yo procedí a mostrarle que el mejor método para hacer que la gente ponga atención al presente es enfatizarle los excelsos y nobles motivos con relación al futuro. La potente fuerza del mundo venidero nos proporciona el vigor, por medio del Espíritu Santo, para el apropiado cumplimiento de los deberes de esta vida.

Allá vemos a un hombre que tiene una máquina para la fabricación de cierto equipo. Necesita la fuerza del vapor para operar esa máquina. Entonces un ingeniero pone una máquina de vapor en un cobertizo a una considerable distancia. “Bien”, -dice el primer hombre- “te pedí que trajeras fuerza de vapor para poder operar mi máquina”. “Eso es precisamente lo que hice”, responde el ingeniero. Puse la máquina de vapor allá, y sólo tienes que conectarla por medio de una banda y tu máquina va a operar tan rápido como quieras; no es necesario que ponga la caldera, ni el fuego, ni la máquina cerca de la obra, justo debajo de tu nariz; basta con que conectes las dos máquinas, y una operará ligada a la otra”.

Así Dios se ha agradado en convertir a nuestras esperanzas del futuro en una gran máquina con la que el cristiano puede encender la máquina ordinaria de la vida cotidiana, pues la banda de la fe las conecta a ambas, y hace que todas las ruedas de la vida ordinaria giren con rapidez y regularidad. Es absurdo hablar en contra de la predicación sobre el futuro como si hiciera que la gente descuide el presente. Es como si alguien dijera: “Vamos, quiten a la luna, y tapen al sol. ¿De qué nos sirven, pues no están en este mundo?” Exactamente, pero si quitaras a la luna habrías suprimido a las mareas, y el mar se convertiría en un estanque estancado y pútrido. Luego, si quitaras al sol, ya que no está en este mundo, si lo quitaras, entonces habrías desaparecido a la luz, y al calor, y a la vida. Lo que el sol y la luna son para este mundo natural, eso mismo es la esperanza del futuro para el cristiano en este mundo. Es su luz; mira a todas las cosas bajo esa luz, y las ve verdaderamente. Es su calor; le proporciona celo y energía. Es su mismísima vida: su cristianismo, su virtud, expirarían si no fuera por la esperanza del mundo venidero.

¿Creen, hermanos míos, que los apóstoles y los mártires habrían sacrificado nunca sus vidas por causa de la verdad si no hubiesen esperado en un más allá? En el calor de la excitación es posible que el soldado muera por el honor, pero morir a sangre fría en medio de torturas y mofas requiere de una esperanza más allá de la tumba. ¿Habría de trabajar aquel pobre hombre año tras año rehusando sacrificar su conciencia a cambio de alguna ganancia; rehusaría aquella pobre muchacha costurera convertirse en esclava de la lascivia si no viera algo más radiante de lo que la tierra pudiera pintarle como recompensa del pecado?

Oh hermanos míos, la esperanza del mundo venidero es lo más práctico de todo el mundo; y pueden ver que el texto enseña ésto, pues es precisamente ésto lo que nos guarda de ser dignos de conmiseración; y guardar a alguien de ser digno de conmiseración, permítanme decirles, es hacer algo muy grande para él, pues un cristiano digno de conmiseración, ¿de qué serviría? Manténganlo en un armario donde nadie lo vea; atiéndanlo en el hospital, pues no sirve para nada en el campo de trabajo. Construyan un monasterio y coloquen allí a todos los cristianos dignos de conmiseración, y déjenlos que mediten allí sobre la misericordia hasta que aprendan a sonreír; pues realmente no pueden hacer nada más en el mundo.

Pero el hombre que tiene una esperanza del mundo venidero cumple con vigor su tarea, pues el gozo del Señor es nuestra fortaleza.

Enfrenta con poder la tentación, pues la esperanza del mundo venidero repele los dardos de fuego del adversario. Puede trabajar prescindiendo de toda recompensa presente, pues espera una recompensa en el mundo venidero. Puede aguantar la censura y puede tolerar morir siendo calumniado, porque sabe que Dios vengará a Sus propios elegidos que claman día y noche a Él.

Por medio del Espíritu de Dios la esperanza de otro mundo es la fuerza más potente para producir la virtud; es una fuente de gozo; es el propio canal de utilidad. Es para el cristiano lo que el alimento es para la fuerza vital en el cuerpo físico. Que se diga de nosotros que estamos soñando acerca del futuro y que estamos olvidando el presente, pero que el futuro santifique al presente para los usos más excelsos.

Me temo que nuestros hermanos que son proféticos yerran en esto. Están leyendo continuamente acerca de las últimas copas, de las setenta semanas de Daniel, y de una cantidad de otros misterios; yo desearía que se pusieran a trabajar en lugar de especular tanto, o que especularan incluso más si así lo quisieran, pero que dieran a sus profecías un uso práctico. Las especulaciones proféticas apartan a los hombres a menudo del presente deber urgente, y especialmente de contender ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos; pero una esperanza del mundo venidero es, yo creo, el mejor poder práctico que un cristiano puede tener.

**V. Y ahora, para concluir, ésto nos permitirá ver muy claramente CUÁL HA DE SER NUESTRO FUTURO.**

Hay algunas personas aquí presentes para quienes mi texto no tiene absolutamente nada que decir. Supongan que no hubiera un más allá; ¿serían entonces los más dignos de conmiseración? Claro que no; serían más felices. Si alguien pudiera probarles que la muerte es un sueño eterno, sería la mayor consolación que pudieran recibir. Si pudiera demostrarse, con una clara comprobación, que tan pronto como la gente muere se pudre en la tumba y hay un término para todos, entonces, algunos de ustedes podrían retirarse a la cama confortablemente; su conciencia no los turbaría; no serían molestados por ninguno de esos terribles miedos que ahora los persiguen.

Mira entonces, que ésto nos demuestra que no eres un cristiano; ésto demuestra tan claramente como dos más dos son cuatro, que no eres un creyente en Cristo; pues si lo fueras, y se suprimiera el más allá,

ésto te haría digno de conmiseración. Puesto que creer en un estado futuro no tendería a hacerte feliz, esto demuestra que no eres un creyente en Cristo.

Bien, entonces, ¿qué tengo que decirte? Pues ésto: que en el mundo venidero, *tú serás el más digno de conmiseración de todos los hombres*. Un infiel le preguntó una vez a un cristiano: “¿Qué sería de ti si supusiéramos que no existiera el cielo?” “Bien” –respondió él– “me gusta que mi arco tenga dos cuerdas. Si no hubiera un más allá, estoy tan bien como lo estás tú; pero si hubiese un más allá, yo estoy infinitamente mejor que tú. Pero, ¿dónde estás tú? ¿Dónde estás tú?”

Bien, entonces tenemos que leer este texto en el futuro: “Si en esta vida hubiera un esperanza de una vida venidera, entonces tú serías el más digno de conmiseración de todos los hombres”. ¿Ves dónde estarás? Tu alma se presenta ante el grandioso Juez y recibe su condenación y comienza su infierno. La trompeta suena; el cielo y la tierra están atónitos; el sepulcro se sacude; aquella lámina de mármol es alzada, y te levantas en esa misma carne y sangre en la que pecaste, y allí estás en medio de una aterrada multitud, todos reunidos para esperar su sentencia. El Juez ha llegado. El gran Juicio final ha comenzado. Allí en el gran trono blanco se sienta el Salvador que una vez dijo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”; pero ahora se sienta allí como un Juez y abre con mano severa el terrible volumen. Lee página tras página, y conforme va leyendo da la señal: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno”, y los ángeles atan la cizaña en manojos para quemarla. Allí estás tú, y tú conoces tu condenación; ya comienzas a sentirla. Clamas a los elevados Alpes y les pides que caigan sobre ti y te escondan. “Oh, ustedes, montes, ¿no podrían encontrar en sus entrañas rocosas alguna caverna amigable donde me pueda esconder del rostro de Aquel que se sienta en el trono?” En terrible silencio los montes rehúsan tu petición y las rocas rechazan tus gritos. Quisieras sumergirte en el mar, pero es lamido por lenguas de fuego; de buena gana harías tu cama en el infierno si pudieras escapar de esos terribles ojos, pero no puedes hacerlo; pues ahora ha llegado tu turno, y se llega a esa página que registra tu historia; el Salvador lee con una voz de trueno y con ojos de rayo. Lee y cuando agita Su mano eres echado fuera de la esperanza. Entonces sabrás qué es ser *el más digno de conmiseración de los hombres*. Tuviste tu placer; tuviste tu hora de aturdimiento; tuviste tus momentos de júbilo; tú despreciaste a Cristo, y no quisiste arrepentirte a pesar de Su reprensión; no quisiste que reinara sobre



ti; viviste como Su adversario; moriste irreconciliado, y ahora, ¿dónde estás? Ahora, ¿qué harás, tú, que olvidas a Dios, en aquel día cuando te despedace y no haya quien te libre? En el nombre de mi Dios y Señor yo te exhorto que vayas a Cristo y busques allí refugio. “El que en él cree, será salvo”. Creer es confiar; y todo aquél que esta mañana sea habilitado por la fe para apoyarse en Cristo, no debe temer vivir, ni debe temer morir. No serás digno de conmiseración aquí; serás tres veces bienaventurado en el más allá si confías en mi Señor.

**“Vamos, almas culpables, huyan  
A Cristo, y Él sanará sus heridas;  
En este día el Evangelio les da la bienvenida  
Y les ofrece abundante gracia inmerecida”.**

¡Oh, que fueran sabios y consideraran su último fin! ¡Oh, que reflexionaran que esta vida no es sino un breve lapso, y que la vida venidera dura para siempre! Les ruego que no menosprecien la eternidad; no jueguen al tonto con cosas tan solemnes como éstas, antes bien, aférrense a la vida eterna con seria dedicación. ¡Miren al Salvador sangrante; vean allí Sus cinco heridas, y Su rostro rociado con sudor sangriento! Confíen en Él, confíen en Él, y son salvos. En el momento en que confían en Él, desaparecen sus pecados. La justicia de Él les pertenece; son salvados al instante y serán salvados cuando venga en Su reino para resucitar de los sepulcros a los muertos. Oh, que el Señor nos conduzca a todos a descansar de esta manera en Jesús, ahora y para siempre. Amén.

Traductor. Allan Román  
24/Jun/2010  
[www.spurgeon.com.mx](http://www.spurgeon.com.mx)